

DOMINGO TERCERO. TIEMPO ORDINARIO. CICLO A.

Mt.4, 12 - 23

Al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan, se retiró a Galilea. Dejando Nazaret, se estableció en Cafarnaún, junto al lago, en el territorio de Zabulón y Neftalí. Así se cumplió lo que había dicho el profeta Isaías: «País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló.» Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: -«Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos.» Pasando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos, a Simón, al que llaman Pedro, y a Andrés, su hermano, que estaban echando el copo en el lago, pues eran pescadores. Les dijo: -«Venid y seguidme, y os haré pescadores de hombres.» Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Y, pasando adelante, vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre. Jesús los llamó también. Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron. Recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo.

CUENTO: HAY QUE DARLO TODO

Cuenta el poeta hindú Rabindranaz Tagore la historia de un mendigo que decía

: "Iba yo pidiendo, de puerta en puerta, por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos, como un sueño magnífico. Y yo me preguntaba, maravillado, quien sería aquel Rey de reyes. Mis esperanzas volaron hasta el cielo, y pensé que mis días malos habían acabado. Y me quedé aguardando limosnas espontáneas, tesoros derramados por el polvo. La carroza se paró delante de mí. Me miraste y bajaste sonriendo. Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Y de pronto Tú tendiste tu diestra, diciéndome: "¿Puedes darme alguna cosa?" Ah, qué ocurrencia la de tu realeza, ¡pedirle a un mendigo! Yo estaba confuso y no sabía qué hacer. Luego saqué despacio de mi saco un granito de trigo, y te lo di. Pero qué sorpresa la mía, cuando al vaciar por la tarde mi saco en el suelo, encontré un granito de oro en la miseria del montón... ¡Qué amargamente lloré por no haber tenido corazón para dártelo todo!"

ENSEÑANZA PARA LA VIDA:

La semana pasada veíamos a Juan el Bautista presentándonos a Jesús como el Mesías, el Ungido de Dios, el que bautiza con Espíritu Santo. Ya puede morir tranquilo, ha cumplido la misión de preparar el camino del Señor. Ahora ya puede retirarse humildemente con la labor realizada. Hoy el evangelio da por concluida la misión de Juan el Bautista al ser encarcelado, y comienza la misión de Jesús. Y lo hace curiosamente en

tierra de gentiles, gente considerada impura por los judíos, zona sospechosa, la Galilea de los gentiles. Desde el principio, Jesús deja claro a qué ha venido y qué mensaje nos quiere transmitir. No hay duda de que Jesús anunció la llegada inminente del Reino de Dios, del Proyecto de Dios sobre la humanidad, de los que iban a tener preferencia, los pobres, los rechazados, los excluidos, los oficialmente no religiosos. Pero un Proyecto así no se acepta tan fácilmente porque supone un choque con la mentalidad del mundo de entonces y de ahora. Y Jesús lo sabe. De ahí su llamada a la conversión, al cambio de mentalidad y de actitud. Sin esta conversión del corazón no es posible aceptar y vivir el Reino de Dios. Sólo desde este deseo de cambio, Dios puede entrar en nuestras vidas y llamarnos, como lo hizo con los primeros discípulos, a los que no les exige nada más, ni que sean los más listos ni los más santos, sino que estén dispuestos a responder a la llamada de Jesús, que se dejen transformar por su amor y den un cambio de rumbo a sus vidas. De incultos pescadores hará de ellos nada menos que expertos en humanidad. Para entrar en el Reino de Dios no hacen falta los títulos ni los méritos humanos, hace falta la humildad, la generosidad, la fe, el amor.

Jesús sigue llamando hoy, invita, propone. Lo hace cada día, en momentos extraordinarios y en los momentos más cotidianos de la vida. Nos llamó un día a la fe, y nos sigue llamando a mantener encendida esa llama de la fe. No nos deja que nos durmamos, que hagamos de nuestra fe un simple cumplimiento evasivo de ritos. Nos quiere despiertos, atentos, dispuestos al SÍ de cada día. Nos llama no porque seamos buenos ni santos, sino porque nos ama y cuenta con nosotros. Nos llama a pesar de nuestras caídas, de nuestras mediocridades, de nuestros orgullos, de nuestra falta de oración, de nuestro escaso compromiso. Es cabezón, es tozudo, sigue confiando en que nos dejemos transformar y guiar por él.

Tiene la osadía humilde de acercarse y pedirnos lo mejor que podamos darle, a pesar de que seguimos guardando tantas cosas que nos resistimos a entregarle, a pesar de que sabemos que todo lo que le demos él lo cambiará por el oro de la auténtica felicidad, la felicidad de darnos a los demás.

Y vamos luego lamentándonos como el mendigo del cuento de Tagore. Nos quejamos de la pobre vida cristiana que llevamos, del poco ejemplo que damos, de lo poco comprometidos que estamos. Pero es que no le dejamos a él que nos cambie y nos convierta a su Proyecto de amor, de justicia, de paz, de perdón, de solidaridad.

No tengamos miedo, dejemos que la llamada del Señor resuene hoy en nuestros corazones. Digámosle que lo seguimos amando y que queremos seguir intentado pasar por el mundo como pasó Él: haciendo el bien, transmitiendo vida, contagiando salud, sembrando esperanza, aliviando sufrimientos, repartiendo el pan de la Palabra y el pan material, compartiendo con los más humildes, acogiendo a los más necesitados.

Anímate en este día y en la semana a decir a Jesús: "Aquí me tienes, Señor, vuélveme a llamar. Ya me conoces, ya sabes de mis debilidades, pero también sabes que te quiero y que quiero seguirte. Confío en ti, ayuda mi poca fe y cuenta conmigo". ¡FELIZ SEMANA Y GENEROSO SEGUIMIENTO DE CRISTO!